

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Sin un juicio justo

Nada de lo que haga o diga el jefe del Gobierno tiene ya la menor influencia en la opinión pública. Ese tribunal lo ha condenado hace tiempo por incompetente y tramposo. No importa que millones de electores lo voten y que millones de espectadores lo vean y oigan con embellecimiento. Toda esa suma de opiniones privadas no cuenta para nada en el juicio emitido, de forma irreversible, por la opinión pública. Ese caprichoso tribunal sin estrados, hacia al que todo confluye y muy pocos hechos o personas influyen, basa sus etéreas sentencias en razones o emociones, en evidencias o suposiciones y, la mayoría de las veces, en prejuicios que la sociedad necesita sancionar para tranquilizar las conciencias. Es inútil esperar equidad de este tribunal imparable. Esas sutilezas le son ajenas. Sus fallos se asemejan más a los de la ciencia que a los de la justicia. Pero cuando, entre el error y la verdad, de vez en cuando acierta, se debe más a la casualidad que a la causalidad entre lo visto y lo sentenciado. Mi opinión personal casi siempre discrepa de la opinión pública. No siento admiración ni respeto por ella.

★

En los asuntos que no conozco por mi profesión o experiencia, me tengo que dejar embaucar, aunque no quiera, por la opinión ajena. Pero en las cuestiones sometidas al juicio de la opinión pública, como pertenecen a un ámbito cuyo conocimiento ha sido el objeto preferente de mi dedicación, me considero más informado y mejor preparado para poder juzgarlas de modo más objetivo e imparcial que ese raro tribunal. Ya sé, ya sé que detrás de cada opinión pública hay siempre alguien interesado o algo interesante que la promueve. Pero el momento decisivo en la formación de la opinión pública no está en la emisión de la noticia o la opinión, sino en su recepción por el público. Y bien sabido es que el público solo retiene lo que quiere retener. Los medios de comunicación que más influyen en la opinión no son, generalmente, los mejor informados y los más imparciales, sino los que saben decir lo que el público desea creer. Los periódicos que llegan a convertir su opinión editorial en la voz pública, como ocurrió a «El País» durante el auge del felpismo, no tienen que estar dirigidos por buenos periodistas, sino por los más atinados psicólogos de las frustraciones sociales o, mejor, por sus excelentes prototipos personales.

★

En el caso del Gobierno socialista, mi opinión está en sintonía con la opinión pública al modo como se establece la afinidad en las amistades entre distintos sexos. Se está de acuerdo en los gustos o en los resultados del juicio, pero por distintos motivos o razones. Por eso no puedo hacerme ilusiones sobre el futuro. Tan pronto como desaparezca de la escena el demonio ocupará su lugar un ángel. Y vuelta a empezar. Sin embargo, esta vez no es ya posible retornar a las mismas ilusiones de antes. La época de gobierno socialista ha procurado al pueblo español en pocos años, eso hay que reconocerlo, una educación política que otros pueblos adquirieron con siglos de inteligencia crítica y de experiencia. La estrolatría, la reverencia a los cargos, la atribución del saber y del bienquerer a las altas autoridades han sufrido mayor erosión, con la corrupción y el espionaje, que la imaginable con la mejor instrucción política. Los españoles ya saben que no hace falta respetar a quien no se respeta a sí mismo, sea cual sea la jerarquía que ocupe en el Estado. Ya saben que el Gobierno espía al jefe del Estado y a los ciudadanos que le interesan, y que su Presidente dice, al ser descubierto, que a él solo le pasan los resultados, pero no el modo de conseguirlos. Es decir, confiesa que es informado de conversaciones íntimas de personalidades que en nada afectan a la seguridad del Estado, pero ni se le ocurre preguntar como se han sabido. Y nadie le hace ver en su cara la inmoralidad de lo que está diciendo. Tiene la enorme suerte de haber sido condenado sin un juicio justo.

TRIBUNA LIBRE

Contra los asesinos de lo imaginario

[CHRISTIAN SALMON]

HABIA que acoger, en los años treinta, en Estados Unidos a Adorno, Brecht, Thomas Mann,

Alfred Döblin, Fritz Lang, Schönberg y toda la «intelligentsia» alemana antinazi? ¿Había que invitar a Francia, no hace mucho, a Kundera y hacer salir a Breytenbach de las cárceles sudafricanas? ¿Había que acoger a Solzhenitsin y a los disidentes de la Europa del Este o dejarles pudrirse otros veinte años en el gulag? ¿Había que arrancar a Theodorakis de las garras de los coroneles griegos y facilitar el exilio de la «intelligentsia» española antifranquista? ¿Debía aceptar Europa acoger el éxodo de los intelectuales y de los artistas expulsados de Latinoamérica por las dictaduras de los años 60? ¿Qué son preguntas absurdas? Sin duda. Es difícil imaginar hoy, aunque sólo sea por un instante, a Picasso o a Chagall conducidos a la frontera o a Raúl Ruiz extraditado a Chile para terminar con sus huesos en las mazmorras de Pinochet. Además, nuestra buena conciencia es enorme y nuestra desvergüenza moral no tiene límites. Francia es un gran país, orgulloso de sus tradiciones democráticas y que no pierde fácilmente la compostura.

Y sin embargo, ante nuestras propias narices se está piroteando a todos aquellos periodistas y escritores argelinos que han escapado de milagro a un atentado y que viven prácticamente enterrados, esperando un visado que nunca llega. ¿Cuántos han muerto ya? Atrapados en la red del odio, blancos indefensos de los asesinos, centenas de intelectuales argelinos no saben ya si le deben su supervivencia a la suerte o a la intensa actividad mortífera a la que están sometidos sus verdugos. Cada día nos lle-

gan sus llamadas de socorro y sus gritos, que ya ni siquiera sacuden la apatía de nuestras conciencias adormiladas por una democracia-espectáculo. Día a día, aumenta el balance de los asesinatos y, con él, la sensación de vergüenza que se desprende de la presentación que de los hechos hacen nuestras pantallas.

de turno y América no dejó de poner trabas a la entrada de los que eran calificados de *illustrious migrants*. Y sin embargo, los estudios cinematográficos firmaban, si era necesario, falsos contratos a los escritores, a los actores o a los realizadores, para permitirles exiliarse, a pesar de la política draconiana de las «quotas». Gracias a esta solidaridad, lo mejor de la cultura alemana sobrevivió a los nazis.

No podemos esperar a que se despierte la buena voluntad de los políticos, más permeables a la opinión pública que a los gritos ahogados de los que están siendo asesinados. Es hora de que nos levantemos y digamos: ¡Basta ya! ¡Basta de muertos en Argelia! Es el momento de que se unan los escritores, los artistas y los intelectuales para organizar desde ya mismo la resistencia, afirmando alto y claro que no hay democracia sin solidaridad, que no hay civilización sin hospitalidad, que la cultura no puede desarrollarse en espacios cerrados y estancos. Ese es el testimonio esencial del arte moderno, concebido en el exilio, por refugiados parecidos a esos argelinos a los que condenamos a la soledad y al cara a cara con sus asesinos. Hay que gritar alto y claro que nosotros necesitamos hoy tanto a los argelinos para crear como ellos nos necesitan a nosotros para sobrevivir. Hay que gritar alto y claro que la comunidad artística mundial tiene sus deberes, sus exigencias de convivencia, de ayuda mutua, de solidaridad, que deben prevalecer sobre las limitaciones de la inmigración, del empleo o de la seguridad, al abrigo de las cuales se está desarrollando de nuevo una verdadera maccarthización rampante de la sociedad.

Porque la intolerancia y el odio hacia el arte ganan terreno no sólo en las zonas dominadas por el fundamentalismo islámico,

Es hora de que
nos levantemos y
digamos: ¡Basta
ya! ¡Basta de
muertos en
Argelia!

A falta de asistir a las víctimas, asistimos al anuncio de su ejecución. Asistimos a la no asistencia a persona en peligro.

Desde la llegada al poder de los nazis en Alemania y hasta el final de la guerra, fue la solidaridad individual -algo que tendemos a olvidar a menudo- la que permitió a numerosos escritores y artistas refugiarse en Estados Unidos, hasta que los comienzos del «maccarthismo» les obligó a volver de nuevo a Europa. Fue James Joyce el que arrancó a Hermann Broch de las prisiones nazis. El mismo Broch, que pasó toda la guerra en Princeton, se convirtió en un ardiente abogado del deber de asistencia, hasta el punto de concebir como una misma y única tarea «el conocimiento de lo que es necesario y la asistencia de los que están pasando necesidad». Porque en esta época también cam-
paban por sus fueros los Pasqua

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envían. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sesión.

Una horrible enfermedad mental

Sr. Director:
De momento no está reconocida por la OMS como enfermedad mental,

pero todo se andará. Me estoy refiriendo a la horrible enfermedad del nacionalismo. Tanto en su primera fase como en la terminal, es fácil de identificar por sus síntomas: intolerancia, racismo, violencia, falta de objetividad, insolidaridad, provincianismo, tendencia a poner fronteras, sacarse de la manga hechos diferenciales, inmersión lingüística forzada, manía excluyente y un largo etcétera.

Ataca con especial

virulencia a los jóvenes que quedan enganchados por la aparente belleza de los colorines de sus símbolos, dado que se les come el coco fácilmente. Y es que el nacionalismo arrastra a la gente, que no usa mucho la cabeza.

El tratamiento es sencillo si se coge a tiempo: trabajar por una ciudadanía del mundo que pase de patrias y ponerse en la piel de los demás, pues al fin y al cabo el lugar de nacimiento es un hecho aleatorio. En defi-

nitiva: no hay nacionalismo bueno, ni hay nacionalismo de izquierdas.

El nacionalismo por un lado es como una droga, que te anula la voluntad y por otro es una mafia que lo quiere controlar todo y que no admite a la justicia.

El nacionalismo se cultiva en las escuelas y también lo cultivan los políticos pues les va el sueldo en ello.—Eduardo Baroja
Barcelona

★